

CANTAR DE RUODLIEB

Traducción del latín, introducción y comentarios
de Maite Jiménez Pérez

 Siruela

Libros del Tiempo Lecturas Medievales

Índice

<i>Introducción</i>	
Maite Jiménez Pérez	11
CANTAR DE RUODLIEB	33
<i>Bibliografía</i>	175

*Aquí está el caballero de la cruz y la rosa,
señor de la esperanza, príncipe de la fe,
rey sin cetro, monarca sin corona, caudillo
que conduce a sus hombres al triunfo en la batalla,
portador del emblema sagrado de la estirpe
en el palor de brumas y en la brasa del sol.*

*Aquí también los laberintos silenciosos,
la sed de los guerreros moribundos, el cuervo
que grazna en el abismo, la siniestra corneja,
el áspid del orgullo en el árbol confuso
de la sabiduría, la muerte y el diablo
flanqueando la cuna de los recién nacidos.*

*Allí dentro la imagen de tu madre en el alma,
la paloma al acecho del halcón, el veneno
de aquel primer abrazo cuando el mundo era joven,
las doncellas germánicas que hilaron en tu alcoba,
la mujer que te quiso y aquella a quien quisiste,
el dolor del amor que mueve las estrellas.*

«El caballero, la muerte y el diablo (Alberto Durero)»,
LUIS ALBERTO DE CUENCA, *Por fuertes y fronteras*, 1996

FRAGMENTO I

[EL CABALLERO RUODLIEB
PARTE DE LA PATRIA].

Había una vez un caballero de ilustre prosapia llamado
Ruodlieb¹,
que adornaba con su conducta una innata nobleza.
Cuentan que tuvo muchos señores ricos
y aunque muy a menudo les rindió servicio conforme a sus
deseos,
no pudo conseguir ninguno de los honores que creyó
merecer.
Todos los encargos que estos hombres nobles le
encomendaron
—ya fuese llevar a cabo una venganza o algo de su
conveniencia—
no los demoró, sino que los cumplió con toda el ansia que
pudo.

5

¹ Ruodlieb es un antiguo nombre germánico en el que se descubren las raíces del antiguo alto alemán *hruod*, «gloria» o «fama», y *lieb*, «amante» o «fiel». Así Ruodlieb sería «amante de la gloria» o «fiel a su fama», sin duda un nombre de guerrero. En el texto latino, el protagonista permanecerá anónimo hasta V, 223.

Por esos mismos señores estuvo muchas veces en trance de
muerte
10 en la guerra, en la caza y en todo tipo de situaciones.
La desleal Fortuna² impidió que le diesen satisfacción
alguna,
siempre prometían, pero luego negaban lo prometido.
Cuando no pudo soportar las enemistades que se granjeó
por su culpa y no supo qué más hacer,
convencido de que ya no podía vivir seguro en ninguna
15 parte,
y después de arreglar todas sus cosas y dejarlas al cuidado
de su madre, partió por fin de su tierra camino de reinos
extranjeros.

[ARMAS Y BAGAJES
DEL CABALLERO RUODLIEB³].

Nadie lo acompañaba salvo su escudero,
que le llevaba un saco cargado con cosas variadas
y a quien desde niño le había enseñado a soportar por él
20 duros trabajos.

² El tópico literario de la Fortuna caprichosa y traidora lo recoge Boecio, quien explica que nos colma de bienes triviales, aunque a continuación puede hundirnos sin motivo: «Cuando la desleal Fortuna me era propicia con bienes triviales, por poco una triste hora me hundió la cabeza» (*Cons.* I, metr. I, 17).

³ Descripción tópica del caballero que inevitablemente recuerda la que de don Quijote hace Cervantes en el primer capítulo de la novela. Se pasa revista al equipamiento típico del guerrero germánico y también del caballero: túnica de tela, *cotte de maille*, espada, caballo y escudero. Como novedad Ruodlieb lleva un perrito, que después será protagonista de un episodio divertido (X, 66 y ss.).

El muchacho llevaba el morral en el lado derecho y el
escudo en el izquierdo,
en la mano derecha la lanza, la aljaba bajo el escudo
y debajo de ella una pequeña bolsa para vituallas muy
curiosa.
Por su parte, su señor Ruodlieb vestía túnica y por encima
loriga,
cubría su cabeza con un casco de rutilante acero 25
y llevaba ceñida una espada engarzada en oro hasta la
empuñadura.
De su cuello del color de la nieve pendía la garra de un
grifo⁴,
no la zarpa entera, solo un pedazo de medio codo⁵ de
largo,
que tanto por detrás por la parte ancha como por delante
por la parte estrecha,
estaba decorada con oro purísimo y atada con una correa
de piel de ciervo, 30
no blanca como la nieve, sino transparente como una
gema.
Cuando la sopló para dar el último adiós a su madre
y a toda su casa, resonó mejor que una trompeta.
Su caballo se erguía negro como un cuervo, lavado como
con jabón,
y todo entero a lunares bajo esa negrura. 35

⁴ El grifo es una criatura mitológica con cabeza y torso de águila, y cuerpo, garras y cola de león. Tradicionalmente representa la fuerza, el valor y la perfección, y en la Edad Media cristiana, la doble naturaleza de Cristo, divina y humana. Dado que Ruodlieb sopla la garra de grifo para despedirse de su casa, nos hace pensar más en un olifante o cuerno de caza, por tanto el héroe ya es presentado ahora como cazador.

⁵ Entre 22 y 41 centímetros mide el codo-cúbito romano. El antiguo cúbito alemán (*Elle*) mediría entre 54 y 83 centímetros (Vollmann, 1980).

A la izquierda del cuello le caía la crin recogida,
e iba enjaezado⁶ como le correspondería al más noble.
No se le veía nada atado a la silla,
a no ser un odre de cuero cosido y untado con mástique⁷
40 para que supiese más dulce la bebida que se echase en él
y también un almohadón pequeñito hecho de púrpura.
Cuando el caballero saltó a la grupa, el caballo brincó más
alto,
contento de que su amo lo montase con brío.
Detrás de él saltó enseguida su perro, muy ligero en la
carrera,
45 un sabueso, que no había otro mejor.
Ante él cualquier presa grande o pequeña
no podía esconderse, que de inmediato la encontraba.
Último adiós a su madre, adioses a los criados
y con la cara bañada en lágrimas dio besos a todos.
50 Cogió las bridas, picó el caballo con la espuela
y salió al galope a campo abierto, volando como una veloz
golondrina,
mientras que su madre a través de la cancela lo comía con
los ojitos⁸.

⁶ *Faleratus* en el original latino. La falera romana era un disco metálico para atar las correas del casco. Pasó a ornar también las corazas y los caballos como condecoración al valor militar. Un caballo con faleras es un caballo enjaezado, que tiene el arnés con adornos y que pertenece a un caballero.

⁷ El mástique es la resina masticable del lentisco (*Pistacia lentiscus*), de sabor amargo en el primer momento, pero que luego se vuelve refrescante y con gusto a pino o a cedro (Plin. *NH*, XIV 27, 135).

⁸ La metáfora se encuentra en Terencio, cuando refiere que el joven Fedro tenía que conformarse con la compañía de su enamorada, una muchacha en poder de un rufián que ejercía de *leno* o proxeneta: «No quedaba otra que apacentar los ojos» (*Phorm.*, I, 2, 35). También la recoge

Todas sus gentes subidas al vallado
 lo miraban marchar a lo lejos, sollozaban y llorando
 empezaron a gemir.
 Cuando ya no lo vieron más, redoblaron el llanto. 55
 Luego enjugaron las lágrimas que mojaban sus rostros
 y fueron rápido todos juntos adonde la señora para
 consolarla.
 Ella, aun fingiendo esperanza, contenía un profundo dolor
 en su corazón
 y los consolaba a ellos porque veía que lo llevaban mal.
 Mientras tanto, una preocupación no menor angustiaba al
 hijo 60
 y por el camino iba sopesando en su interior muchas cosas:
 que servir en casa no le había traído ningún beneficio
 y que, debido a las muchas querellas⁹ que se había
 granjeado por todas partes,
 había tenido que exiliarse de la dulce patria¹⁰.
 Le daba vueltas a esto: si hacía un servicio de poca
 catadura en algún sitio 65

Cicerón, cuando cuenta que la gente del mar de Siracusa deseaba la captura de un conocido pirata y por tanto apacentar sus ojos para saciar su alma ante la visión del suplicio de ese hombre que tanto daño les había hecho (*Verr.*, II, V 26, 65).

⁹ *Faida* en el original latino. El término procede del sajón *fæhð*, *fæhðe* y también del germánico *Fehde*, y *Feide*, «enemigo», según Du Cange. La *faida* es una enemistad entre clanes o tribus en las culturas germánicas ancestrales, contraída normalmente por un asesinato. Lleva implícito el sentido de venganza de índole familiar.

¹⁰ El sintagma *dulcis patria* es de frecuente aparición en los autores clásicos, como por ejemplo Cicerón y Ovidio, y expresa la atracción sensible de la tierra. Cuando Odiseo habla al rey Alcínoo sobre Ítaca, dice: «No hay nada más dulce que mi patria» (*Od.* IX, 27-28). También el héroe Valtario parece sentir lo mismo cuando habla de «defender la dulce patria» (*Walth.*, 60).

y si su vieja suerte se le volvía más en contra,
entonces todos iban a serle allí como medio hermanos¹¹
y la cosa no mejoraría, sino que iría a peor.
Suspiraba profundamente, lloraba y suplicaba al Señor
encarecidamente
70 que no lo abandonase ni lo dejase perecer,
sino que lo ayudase a superar las tribulaciones.

[RUODLIEB ENCUENTRA A UN CAZADOR
DE UN REY EXTRANJERO].

Entraba el caballero así afligido en un reino extranjero¹²,
cuando de repente el cazador del rey se le puso al lado
para acompañarlo,
lo saludó y fue saludado a su vez por él.
75 El exiliado Ruodlieb era de miembros fuertes y rostro viril,
hablaba con voz alta, serio en la respuesta.
El nativo le preguntó quién era, de dónde venía y adónde
quería ir.
Como Ruodlieb no le decía nada y permanecía callado
como con desprecio,
el cazador se arrepintió de preguntar esas cosas y pensó lo
siguiente:

¹¹ La «vieja suerte» a la que Ruodlieb se refiere no es tanto el estatus que tenía antes, sino la suerte que lo asistió en sus servicios anteriores. Se presenta el tópico literario clásico de la Fortuna que es como una madrastra (Sen. *Contr.* 9). Nuestro héroe cree que, si tiene a Fortuna como madrastra, a los que habrá de servir le serán medio hermanos y que, al haber roto estos vínculos de vasallaje y haberse ido de casa, quedará a merced del azar como un exiliado sin la protección feudal.

¹² Para Ruodlieb es por ahora tan solo un reino extranjero, pero más adelante (XIII, 42, 47) el lector sabrá que es África.

«Si es un embajador, su séquito es demasiado pequeño. 80
Cuando viene a la corte, ¿quién le carga con los regalos?,
¿y con la espada?»

Creo que es un hombre de poco poder o de mucha
virtud».

Después de estar callado un buen rato, por fin le habló de
nuevo:

«¡No te enfades si te pregunto más cosas!
No quiero entorpecerte, sino serte útil si está en mi mano. 85

Soy el cazador del rey, para él querido y fiel.

Él no suele oír a nadie con más consideración que a mí.

Si por una grave querella¹³ has dejado tu patria
y quieres en esta tierra extranjera tanto para ti como para
mí

prestar algún servicio y superar tus pleitos, 90
entonces te doy un consejo útil que no debes rechazar.

Porque si has aprendido bien la práctica de la caza,

¡qué feliz augurio te ha hecho exiliado aquí!

El rey ama este arte y a quien es experto en ella.

..... 94a

Quien tiene, puede dar, quien no tiene, dime, ¿qué va a
dar? 95

Él te dará, si no todos los días, sí a menudo.

Nunca estarás preocupado por la comida o por el vestido¹⁴.

Cuando le regalan hermosos y céleres caballos,
nos los presta para que probemos cómo se comportan en
la carrera,

cuál es rápido, fácil de montar y dócil en los giros, 100
y ese se lo regala el rey a quien más lo necesite.

No gastarás jamás ni un céntimo en comida,

¹³ *Vid.* I, 63.

¹⁴ Cfr. Mt. 6, 31: «Por tanto no estéis preocupados diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿Qué beberemos? o ¿Con qué nos vestiremos?».

pues se te dará sin medida siempre que la deseas.
El rey relega a los ricos convidados en la mesa
105 del banquete y se divierte hablando con nosotros.
Nos pasa lo mejor de lo que le sirven a él,
haciéndonos con ello un honor más que un pago.
Si te complace hacer un pacto leal conmigo,
juntemos nuestras diestras para dar fe del acuerdo
110 y que nada nos separe salvo la amarga muerte.
Donde quiera que estemos, que cada uno lleve
los asuntos del otro como propios, o si cabe mejor».
Entonces el exiliado Ruodlieb acabó fiándose de él y le
dijo:

«Señor, me basta que demuestras buena intención
conmigo
115 y considero que tu consejo no debe rechazarse,
pues la verdad es que has intuido cuál es mi situación.
Por eso me complace hacer un pacto de lealtad entre
nosotros».
Juntando allí sus diestras, se convirtieron al instante en
camaradas.

.....
120 Besándose acordaron ser amigos fieles
y servirse con un mismo sentir el uno al otro como vasallo
a señor.

[RUODLIEB SIRVIENDO EN LA CORTE
DEL REY MAYOR].

Mientras disponían entre ellos sus asuntos
convenientemente,
ya se iban acercando a la capital del reino
en la que el rey impartía justicia a cualquiera que viniese a
ella.

Entraron en el castillo, alojaron a escuderos y caballos en
 los establos 125
 y juntos se dirigieron aprisa al palacio para ver al rey.
 Cuando el monarca vio al cazador, le dijo:
 «¡Dinos de dónde vienes y qué nuevas traes!
 Cuando has estado por el bosque, ¿has rastreado
 al oso o al jabalí, al que tanto nos gusta perseguir?». 130
 El cazador le respondió, no como a un señor, sino como a
 un amigo:
 «No he rastreado a ninguno de ellos, sino a quien puede
 domar a ambos,
 lo he encontrado y te lo traigo conmigo:
 he aquí este joven que es digno de servirte,
 muy experto en el arte de la caza y muy venturoso, 135
 según creo y según me pareció mientras he estado en su
 compañía.
 Cuando consideres oportuno, tú mismo podrás
 comprobarlo.
 Él te trae sus regalos, pocos pero no desdeñables,
 y desea que lo acojas como vasallo tuyo».

Ruodlieb tenía cogido con la mano izquierda al sabueso de
 dos colores, 140
 que llevaba una cadena dorada atada al pescuezo¹⁵.

¹⁵ Si este sabueso es en efecto el regalo que trae Ruodlieb, acaba de decirse que no había un perro de caza mejor que él. La cadena dorada es una buena pista de la altura de nuestro héroe, que es exiliado pero noble.